



## SANTÍSIMA TRINIDAD \*

### “Bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”

*Luis Fernando Crespo*

Recuerden el consejo de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

**Lecturas:** Proverbios 8,22-31; Romanos 5, 1-5; Juan 16,12-15

Concluido el Tiempo Pascual con la fiesta de Pentecostés, se retorna al llamado “Tiempo ordinario”. Éste comienza dedicando los dos primeros domingos a dos fiestas importantes: la de la Santísima Trinidad y la del Corpus Christi (Cuerpo de Cristo). La primera es como la conclusión y síntesis de todo el misterio de salvación que hemos venido celebrando: el amor del Padre que envía a su Hijo, Jesús, que en su muerte y resurrección promete y dona su Espíritu Santo. Es lo peculiar del misterio del Dios cristiano, que nos revela su identidad en su manera de acercarse y estar presente entre nosotros, las y los creyentes, y en la humanidad entera. Invocamos con frecuencia en nuestras oraciones a la Trinidad –Padre, Hijo, Espíritu Santo– y sabemos que hemos sido bautizados en su nombre, pero con dificultad nos atrevemos a explicar lo que invocamos y creemos. Incluso la clásica fórmula “Tres personas en un solo Dios”, que inspiró tan bellos intentos de representación en la pintura cuzqueña, hoy nos deja paralizados. Más que una fórmula esclarecedora de conceptos para comprender, parece apuntar a insinuar y vislumbrar la riqueza de significado del misterio de Dios para ser acogido y vivido en nosotros.

Ya en el Primer Testamento se va insinuando el misterio. Dios, el Señor, se hace presente y actúa creando por amor y salvando. En el Génesis confluyen la “palabra “Dijo Dios...” –nombrando y llamando los seres a la existencia– y la “*ruaj*”, “el espíritu de Dios”, como aliento de vida, que ordena el caos primitivo y hace surgir la rica diversidad de los seres de la naturaleza y de los seres humanos. El Dios de la Biblia se acerca, habla y se revela en su palabra inteligible a los Patriarcas, a Moisés y a los Profetas Como “espíritu”, aliento y fuerza, sostiene a Moisés y a los Jueces para salvar y liberar de la esclavitud y de las amenazas, para subsistir como “pueblo de Dios” en paz. Encontramos también en la Biblia el testimonio de una rica tradición “sapiencial”, que recoge dichos, proverbios, consejos de los sabios (de Israel y de otros pueblos cercanos) para vivir con felicidad, medida y sentido. Inspiradora de esta sabiduría humana, y como fuente de ella, se reconoce la “Sabiduría” de Dios, que se manifiesta personalizada en su acción

---

\* Ciclo C

creadora, en su providencia y en su acompañamiento iluminador del recto actuar de los seres humanos.

La “Sabiduría” es una cualidad del ser divino que, en algunos textos como el que hoy se lee, se presenta personificada y se expresa con palabras que dan cuenta de su existencia y actividad junto a Dios: “Yahvé me creó, primicia de su actividad, antes de sus obras antiguas. Desde la eternidad fui formada, desde el principio, antes del origen de la tierra”. No es una criatura más, antecede a la creación, pertenece más al ámbito de Dios, “yo estaba junto a él, como aprendiz, yo era su alegría cotidiana.” No resulta difícil reconocer una huella de estas palabras en textos del Segundo Testamento, como el Prólogo del evangelio de Juan: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada” (Jn.1,1-3). Un apunte final en el texto de Proverbios expresa: “compartiendo mi alegría con los humanos”, que encontraría su réplica en el evangelio: “Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros” (Jn.1,14). La “Sabiduría” y, de manera más precisa, la “Palabra” expresan el ser de Dios como comunicación que se abre y entrega por amor. El Prólogo de Juan concluye introduciendo otra manera de decirlo: “A Dios nadie le ha visto; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn,1,18). La Palabra hecha carne y el Hijo se identifican con “Jesucristo” (v. 17).

Jesucristo es personalmente, en toda su existencia humana –palabras y acciones, muerte y resurrección– el revelador del misterio de Dios y de su presencia salvadora en la historia humana. En algunos pasajes de los evangelios se identifica como “Hijo” y con razón podemos calificar toda su vida como “filial”: su oración a Dios como “Abba” y su identificación con la voluntad del Padre. El evangelio de Juan expresa con claridad esta identificación de Jesús con el Padre, hasta poner en sus labios, con gran escándalo de las autoridades judías: “Yo y el Padre somos uno” (Jn.10,30). Jesús vive y comprende su misma existencia humana como manifestación del amor de Dios: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito” (Jn 3,16). Con razón pudo decir a los discípulos: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn.14, 9). En Jesús vislumbramos el misterio de Dios. Sus palabras y gestos humanos nos ayudan a ponerle nombre –Padre, Hijo–.

La presencia amorosa y salvadora de Dios en los seres humanos la había nombrado el Primer Testamento con la expresión “espíritu”. En la experiencia de Jesús se despliega con mayor claridad esa presencia, que lo habita personalmente y lo conduce. Los evangelios sinópticos lo ponen de relieve en el momento del bautismo (Mc. 1,10 y paralelos) y en la introducción a su ministerio en Galilea. El mismo Jesús lo precisa en su presentación en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor sobre mí...” (Lc. 4,18) y lo confirma en polémica con los fariseos: “Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios...” (Mt. 12,28). Toda la experiencia humana de Jesús, la calidad de su amor a quienes están en situación de marginación y de insignificancia por su condición de pobres o de pecadores, su pasión por anunciar y hacer presente el Reino de Dios, lo acreditan como Hijo y conducido por el Espíritu de Dios.

La lectura de Juan 16 ahonda lo que venimos intentando expresar. Jesús, al final ya de su vida, promete a los discípulos el Espíritu Santo: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará a la verdad completa”. Aclara bien, no se trata de un extraño, más bien dice: “recibirá de lo mío”, es el Espíritu de Jesús. Y en la frase siguiente anuda la relación del Padre, del Hijo y del Espíritu: “Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá (el Espíritu Santo) de lo mío”. La diferencia no implica diversidad; expresa, más bien, la riqueza desbordante del único Dios. Su Palabra nos revela el misterio y esclarece nuestra comprensión para vivir como hijas e hijos. Su Espíritu nos alienta para reconocernos amados y para amar con gratuidad, construyendo fraternidad y paz.

La fiesta de la Santísima Trinidad nos invita a celebrar el misterio de Dios, que es vida, comunión y amor. Misterio, no enigma indescifrable, que se revela y comunica para nuestra salvación “por nuestro señor Jesucristo”, como dice san Pablo en la carta los Romanos. Por él vivimos y “nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. Hay tiempos difíciles, así sentimos hoy el nuestro: pandemia, guerras, hambre, modelos de humanidad individualistas e insolidarios, en los que no resulta fácil vivir esa esperanza. No obstante —continúa Pablo—, “la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”. Otra manera de expresar el sentido y el dinamismo en la vida humana del misterio de la Trinidad. Nuestra vocación consiste precisamente en vivir como envueltos en el amor de Dios, el Padre, como discípulos de Jesús, el Hijo, alentados por la fuerza del Espíritu Santo. Para esa vida hemos sido llamados y bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, como encargó Jesús en sus últimas palabras (Mt. 28,19).

Todo esto está implicado en la invocación frecuente que hacemos al comenzar nuestras oraciones y actividades: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” y cuando, a manera de conclusión, proclamamos: “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”. Entre estas dos invocaciones se desarrolla la vida, el compromiso, la fe, el amor y la esperanza, la voluntad y el empeño por contribuir al bien, al bienestar, al justo reconocimiento de la dignidad y derechos de todas las personas, pueblos y culturas, a una paz verdadera, que —sabemos bien es don de Dios, pero que —lo que nos cuesta más asumir— es tarea nuestra. Lo que llamamos el misterio de Dios uno y trinidad no es un enigma a descifrar y comprender, es un misterio de amor: Dios no es soledad aislada y lejana; es comunión de amor, que se nos entrega para acogerlo en la fe y vivirlo en el amor mutuo y fraterno. Las palabras humanas son las únicas y necesarias de las que disponemos para nombrar a Dios, pero resultan absolutamente insuficientes para explicar el misterio. Jesús es la única Palabra que encarnada revela el misterio íntimo de Dios, Pablo en el areópago de Atenas, recogiendo una expresión helenista, dice con gran acierto: “en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hech, 17,28). Juan, por su parte, recogiendo el testimonio y la enseñanza de Jesús sintetiza; “Dios es amor”. Por eso “el que no ama, no ha conocido (no vive) a Dios” (1Jn, 4,8). La indiferencia, el no amor, ante el sufrimiento y masacre de los hermanos (Gaza, Ucrania, Sudán y tantos otros que mueren de hambre y de desprecio) es absolutamente ajena al misterio del Dios Trinidad.